

El lienzo cayó al suelo y el hombre de la linterna comenzó a gritar. A las dos y media de la noche Alberto visitaba por primera vez una comisaría de policía.

21 de Agosto de 1977

**mesita de noche:** mesa pequeña que se encuentra al lado de la cama.

«¿Quién será a esta hora?». Raúl dejó el reloj encima de la **mesita de noche**. Eran las nueve y media de la mañana. Él se levantaba cada día a las doce del mediodía y se acostaba muy tarde, a las siete de la mañana. «Seguro que es por el asunto del cuadro. ¿No nos van a dejar descansar después de esta noche?».

– Ya voy, ya voy.

Raúl buscó su bata. Estaba medio dormido y le costaba moverse. Salió de su habitación, cruzó el corredor y se dirigió a la puerta de entrada. La abrió. Se encontró con un hombre bajito, rubio, con bigote y con unos ojos azules muy tristes y muy pequeños. Llevaba un uniforme azul. «¡Oh no, otra vez la policía!», pensó Raúl.

– Buenos días, ¿el señor Raúl López?

– Sí, soy yo.

– Tenga, esto es para usted. Es correo urgente.

– Gracias –Raúl cogió la carta que el cartero le daba, se la metió en el bolsillo de la bata y empujó la puerta en dirección de la escalera. El hombre de ojos tristes levantó la mano derecha y la dejó caer sobre la puerta de madera.

– ¡Eh, espere un momento!

– ¿Quiere algo más? –respondió Raúl tranquilamente.

– Sí, firme aquí, por favor –dijo el empleado de Correos. Le ofreció a Raúl un bolígrafo y le acercó una libreta, con una lista larguísima sin ningún orden, y firmó encima de una raya de color azul oscuro. Al lado de su firma escribió también el número de su **carné de identidad**.

**Correos:** nombre con el que se conoce el servicio postal español.

**carné de identidad:** documento de identificación español.

– Ya está, tenga. ¿Quiere algo más?

– No señor. Gracias y hasta luego.

– Adiós –contestó Raúl antes de cerrar la puerta de su casa.

Raúl fue a la cocina. En la nevera quedaba una botella de leche, un poco de mantequilla, embutidos, queso fresco y un bote de mermelada de fresa. En uno de los armarios de la cocina había un paquete de café molido. Se preparó el desayuno. Raúl llevó su taza de café con leche y las tostadas con mantequilla y mermelada a la mesa del comedor. Se sentó en el sofá y sacó el sobre del bolsillo. Lo abrió y leyó la nota que había dentro. Era una **citación** en relación con el robo del cuadro de Joaquín Vayreda.

**citación:** documento mediante el cual se convoca a alguien a declarar delante de la policía.

A las cuatro tenía que estar en la comisaría. «¿Para qué quieren interrogarme? Ya tienen al ladrón. Todo está en orden. La policía nunca está contenta con lo que tiene».

**tejanos:** término utilizado sobre todo en Catalunya para hablar de los pantalones vaqueros o “blue jeans”.

A las once de la mañana Raúl se duchó, se afeitó, se puso unos **tejanos** azules y una camisa a rayas grises y verdes y se fue a dar un paseo por el barrio.

**portera:** conserje que se encuentra en la puerta de un edificio.

**bolero:** canción de tema amoroso y de ritmo lento que nace en Latinoamérica.

**los Panchos:** grupo latinoamericano muy famoso formado por tres hombres que cantan boleros.

**Sole:** acortamiento de Soledad. Normalmente con "señor/señora" se utiliza el apellido. Acompañarlos con el nombre es propio del habla popular.

La **portera** del edificio barría la entrada cuando Raúl salió del ascensor. Cantaba un **bolero** de **los Panchos** e iba saludando a los vecinos de la calle que pasaban por delante de su portal.

– Buenos días, señor Raúl.

– Hola, señora **Sole**. ¿Qué tal está usted?

– Bien, bien. Ya he leído en el periódico la noticia del robo del cuadro en el museo donde usted trabaja.

– ¿Qué cuadro? No se lo llevaron. Al ladrón se le cayó el cuadro al suelo antes de salir del museo. Además ya está en la comisaría. No fue nada.

– Pues el periódico dice que el cuadro ha desaparecido. Nadie sabe donde está.

– La policía tiene al ladrón, el ladrón no tiene el cuadro y el museo tampoco lo tiene. No puede ser, señora Sole.

– Eso dice el periodista que firma la noticia del robo. Por eso el ladrón continúa en la comisaría. También dice el periódico que el ladrón no quiere decir nada nuevo. Ayer por la noche dijo que él entró solo en el museo y que iba a salir solo de él, sin la ayuda de nadie. Después calló y así sigue hoy, con la boca cerrada.

– Sabe usted más que yo sobre el robo, señora Sole. Y eso que yo trabajo en el museo. Ayer yo perseguí al ladrón y vi el lienzo en el suelo, delante de la escalera. El ladrón no se lo llevó y no había nadie más en el edificio. Todo esto es muy raro, muy raro.

– Sí, lo es. Tengo que seguir con mi trabajo, señor Raúl. ¿Me informará de los avances de la policía? No

**quedarme a medias:** quedarse sin saber todo lo que pasa, sin tener una información completa.

me gusta **quedarme a medias.**

- No se preocupe. Hasta luego, señora Sole.
- Hasta luego.

Raúl buscó un teléfono público. «Tengo que llamar al inspector Calvo; puedo ir ahora a comisaría. Tengo que saber lo que piensa la policía de todo esto». Entró en una cabina de teléfono, sacó la agenda del bolsillo de su camisa y la abrió por la letra C. Afortunadamente, escribió el número del señor Calvo en su agenda después de recibir la citación. Marcó despacio y esperó la señal.

- Comisaría de policía, dígame.
- Buenos días, soy Raúl López. Querría hablar con el inspector Julián Calvo. Es con relación al robo del cuadro ocurrido esta noche en el Museo de Arte.
- Un momento, por favor.

La voz de la telefonista desapareció y empezó a sonar una canción de flauta para niños. «Parece una **nana**», pensaba Raúl mientras sacaba un paquete de tabaco del bolsillo de su pantalón.

- ¿Señor López?
- Sí, continúo aquí –contestó Raúl.
- Le paso al inspector Calvo.

Raúl no tuvo tiempo para dar las gracias. La voz fuerte y dura del inspector le saludó.

– Buenos días, señor López. ¿Ha recibido ya la citación?

- Sí, la he recibido hace un **par de horas.**

**nana:** «Nana» o «Canción de Cuna» es una canción que se canta a los niños pequeños para que se duerman.

**par de horas:** forma coloquial para decir «dos horas aproximadamente».

– ¿Ha leído los periódicos, señor López?

– No... bueno... sí, sé lo que dicen. ¿Es cierto lo que cuentan?

– Sí, es cierto. El cuadro ha desaparecido. Pero ya hablaremos de eso con calma. Si tiene tiempo puede venir ahora a comisaría. ¿Qué le parece?

– ¿Ahora? Son las doce... Bueno... Puedo estar allí dentro de media hora, a las doce y media. ¿De acuerdo?

– De acuerdo. Hasta ahora, señor López.

– Adiós.

A las doce y media Raúl estaba en la comisaría. El inspector Calvo lo llevó a su despacho; parecía un poco nervioso. Raúl se sentó en un sillón, al otro lado de la mesa, frente al inspector. El señor Calvo cogió un lápiz y una libreta pequeña y empezó a preguntar.

– ¿Fue usted quien descubrió al ladrón?

– Sí, me desperté a las dos de la madrugada; no tenía sueño y fui a dar un paseo por el museo. Es un museo pequeño, con cuadros de pintores poco conocidos; así que podemos dormir un poco por la noche y cada hora y media **damos una vuelta** por el edificio. Pero anoche yo tenía poco sueño. En la segunda planta vi una luz que se movía. Subí despacio los peldaños de la escalera, sin hacer ruido...

– ¿No oyó voces?

– No, todo estaba en silencio. Entré en la sala, el ladrón me vio, me empujó con el brazo, corrió hacia las escaleras y...

**damos una vuelta:** aquí recorrer un lugar para ver que todo está en orden. Normalmente “pasear”.

**restaurador:** persona que repara las obras de arte en mal estado.

- ¿Llevaba el lienzo en la mano?
- Sí. Salió de la sala con el lienzo en la mano. Antes de bajar la escalera se le cayó al suelo.
- ¿Lo cogió usted?
- No. Yo corrí detrás del ladrón y grité. Quería pedir ayuda, despertar a mis compañeros de trabajo.
- ¿Vio usted el lienzo más tarde?
- No, no lo vi. ¿No lo tiene el director del museo, o el **restaurador** de cuadros? El director llegó a las dos y media al edificio; vive muy cerca del museo. El restaurador estaba trabajando en la primera planta, oyó mis gritos y salió del taller asustado. Él paró al ladrón. Creía que uno de ellos lo tenía, sólo ellos tocan los cuadros.
- ¿Le gusta la pintura, señor López?
- Pues sí, me gusta.
- ¿Tiene usted cuadros en casa?
- Sí, tengo algunos. Unos cuatro o cinco.
- ¿Son regalos?
- No –contestó Raúl. Estaba un poco nervioso. Demasiadas preguntas– ¿Puedo fumar?
- Claro, fume. Aquí tiene un cenicero –contestó el inspector, y le acercó uno con forma de perro de color plateado. –Son copias de cuadros famosos, ¿verdad, señor López?
- Raúl abrió los ojos extrañado y los levantó para mirar al inspector.
- ¿Cómo lo sabe?
- Somos policías, señor López. No nos puede mentir.

**Museo del Prado:** museo nacional de pintura que se encuentra en Madrid.

**copistas:** personas que pintan cuadros de pintores famosos. Sus copias tienen que ser siempre de tamaño más pequeño que los originales.

**El Greco** (1541-1614): pintor barroco de origen griego instalado en la ciudad de Toledo. Su pintura se caracteriza por las caras y los cuerpos alargados de sus personajes.

**¡Ojalá!**: palabra que se utiliza para expresar deseos.

**Diego Velázquez** (1599-1660): pintor sevillano. Durante 35 años fue el pintor de la corte de Felipe IV. Autor de "Las Meninas".

**Francisco de Zurbarán** (1598-1664): pintor de la vida monástica. El naturalismo es su principal característica.

**Francisco de Goya** (1746-1828): pintor aragonés de obra muy variada. Evolucionó del realismo al impresionismo.

– Bueno... sí, son copias. De pequeño me gustaba pintar. Cuando tenía quince años vivía en Madrid y empecé a visitar el **Museo del Prado**. Allí conocí a algunos **copistas**; muy buenos. Mi familia nunca tuvo dinero para comprar buenos cuadros. En casa había reproducciones. Malas reproducciones de obras de pintores famosos. Un día cogí mis pinturas, me senté delante de un cuadro de **El Greco** y empecé a copiarlo. Pinté un cuadro, bueno... copié una pintura. Dejé de pintar cuando empecé a trabajar, a los diecisiete años. Nunca más he copiado un cuadro.

– Señor López, ¿podemos ver los cuadros que tiene en su casa? No se enfade, pero... tenemos que hacer bien nuestro trabajo. No le culpamos de nada.

– Claro, claro. Bueno... sí. ¿Cuándo quiere verlos?

– ¿Ahora? –preguntó el inspector mirando a Raúl a los ojos.

– Muy bien, vamos.

Raúl estaba enfadado. La policía sospechaba de él. «Yo cojo al ladrón y la policía se mete en mi casa y cree que soy culpable. ¿Estará la señora Sole en el portal? A esta hora puede estar en la cocina de su casa comiendo. **¡Ojalá!**»

La señora Sole no estaba en la entrada del edificio. La policía estuvo una hora en casa de Raúl. El inspector miró los cuadros con atención. «El caballero de la mano en el pecho» de El Greco, «Las hilanderas» de **Velázquez**, el «Cristo en la Cruz» de **Zurbarán** y la «Corrida en un pueblo» de **Francisco de Goya**.

- Era un buen copista.
- Eso decían.
- Una pregunta más. ¿Recorrieron ustedes, los vigilantes, el edificio después de coger al ladrón?
- Sí señor, encontramos una caja metálica de color azul con herramientas y una linterna. Todo estaba en el segundo piso del museo, en la sala donde estaba el cuadro. La caja y la linterna las tiene la policía.
- No le molesto más. Muchas gracias y perdónenos.
- De nada. Buenas tardes.



**aperitivo:** beber una cosa acompañada de algo para comer poco antes de la hora del almuerzo o de la cena. Es una costumbre muy extendida en España ir a los bares con los amigos o con los compañeros del trabajo para tomar un aperitivo.

**horario:** la jornada laboral en España es de ocho horas. Las personas que trabajan en lugares oficiales y en bancos hacen normalmente jornada intensiva: de ocho de la mañana a tres de la tarde. Las tiendas y otros locales hacen la jornada partida: de nueve de la mañana a una del mediodía y de cuatro a ocho de la tarde.

- ¿Qué tal, Andrés?, llegas temprano hoy.
- Sí, ayer me acosté muy tarde y hoy tengo la mañana libre. Hoy sí puedo tomar un **aperitivo** antes de comer.
- Tú dirás. ¿Qué te pongo? –dijo alegremente el camarero señalando a Andrés algunas de las bandejas con comida que había en la barra.
- Pues... ponme unas cuantas aceitunas, una bolsa de patatas fritas y un martini seco.
- Ahora mismo te lo sirvo.

Andrés tenía un **horario** bastante raro. Era restaurador de cuadros. Desde hacía dos meses trabajaba en el Museo de Arte de la ciudad. Andrés trabajaba ocho horas cada día, de lunes a viernes. A veces llegaba a las diez de la mañana, salía a las dos para ir a comer al bar de Paco y volvía a sentarse delante de un cuadro a las seis de la tarde; esos días jugaba unas



**brisca y mus:** juegos de cartas tradicionales.

partidas de cartas con los amigos del bar: la **brisca** y el **mus** eran los juegos de cartas que más le gustaban.

Otros días trabajaba ocho horas seguidas, siempre de noche. Llegaba al museo a las diez de la noche, a la misma hora que los vigilantes nocturnos; con ellos tomaba una taza de café a la una y a las dos volvía a su trabajo. Le gustaba trabajar de noche, sin ruidos y sin turistas por los pasillos del edificio.

El camarero cogió el periódico que estaba encima de la barra del bar y se lo enseñó a Andrés.

– Salís en la primera página. Mira, lee... «Roban un cuadro del Museo de Arte». ¿Estabas ayer a la hora del robo?

– Sí, ayer trabajé por la noche. ¡Estos periodistas! El ladrón no se llevó el cuadro. Se le cayó antes de bajar la escalera. Esto –dijo señalando con el dedo el artículo que hablaba del robo– es mentira.

– Pues aquí pone el nombre del cuadro y el de su autor. Mira, «Paisaje de otoño», de Joaquín Vayreda.

– ¡Bah! Algo tienen que poner para vender más periódicos. Yo cogí al ladrón. Estaba trabajando en mi sala, oí gritos, salí al pasillo y tropecé con él. No llevaba ningún cuadro en las manos.

– Quizá tenía un cómplice. El cómplice se lo llevó.

– No creo, los vigilantes registraron el museo. El ladrón entró por una ventana del primer piso; sólo esa ventana estaba abierta y la puerta estaba cerrada. Esperamos a la policía al lado de la ventana abierta y nadie salió por ella.

– Bueno, bueno, si tú lo dices.

– Alguien ha informado mal a los periodistas, Paco.

**barra:** mostrador que en un bar separa a los camareros de los clientes y en el que se toman bebidas.

**comedor:** en España existen muchos bares de comidas en los que se sirven almuerzos y cenas. El comedor suele estar al final de la barra del bar.

**titulares:** títulos de las noticias que aparecen en la prensa.

El camarero salió de detrás de la **barra** y se dirigió hacia el **comedor**. Ya había gente sentada en las mesas esperando su comida. Andrés abrió el periódico y empezó a leer los **titulares**. Las noticias no eran muy interesantes. Tardó veinte minutos en tomarse el aperitivo. La conversación con Paco le había puesto nervioso. «El director del museo no ha hablado con los periodistas. Eso dice aquí. No entiendo nada. Ayer por la noche nadie habló del cuadro. La policía se llevó al ladrón y todos estaban muy contentos». Paco volvió a la barra y se dirigió a Andrés.

– La primera mesa de la derecha es la tuya. ¿Vas a comer lo que hay en el menú?

– ¿Qué hay?

– **Ensalada mixta, sopa de fideos** y filete de ternera.

– De acuerdo. Y me traes vino tinto y agua, por favor.

– Muy bien, ahora te lo traigo.

Andrés se sentó en su mesa. Comió deprisa. Estaba **hambriento**. De postre tomó melón.

– Paco, ponme un café –gritó al camarero desde su mesa.

Cinco minutos después Paco se acercó a la mesa de Andrés con una taza de café en la mano derecha. Le acompañaba un hombre alto, de pelo canoso y ojos oscuros.

**Ensalada mixta:** hecha con tomate, lechuga, cebolla, huevo, aceitunas y bonito.

**sopa de fideos:** caldo de verduras o de carne con pasta fina.

**hambriento:** tenía mucha hambre.

– Andrés, este señor quiere hablar contigo –dijo Paco.

– Soy el inspector de policía Julián Calvo –dijo el hombre de pelo canoso–. En el museo me han dicho que estaba usted aquí.

– Buenas tardes, soy Andrés Fuentes.

– Sí, ya lo sé. Es usted el restaurador de cuadros del Museo de Arte –el inspector se dirigió a Paco– ¿Me puede traer un café, por favor?

Paco se alejó en dirección a la barra. El inspector siguió hablando.

– Esta mañana le hemos enviado una citación a su casa. Queríamos hablar con usted sobre el robo del cuadro, pero usted no estaba en casa.

– ¿Han robado el cuadro? ¿Quién? La persona que entró en el museo está detenida, ¿no?

– Sí, así es. Y esa persona no sacó el cuadro del museo. Señor Fuentes, ¿ha salido muy temprano de su casa esta mañana?

– Esta noche no he dormido en mi casa.

– ¿Dónde ha dormido usted?

– En el apartamento de mi hermana. Ella está de vacaciones en la playa. Tres días a la semana voy a su casa y le riego las plantas. Ayer hacía cuatro días que no iba; me acordé de las pobres plantas mientras trabajaba y decidí ir allí al salir del museo y pasar la noche en el apartamento. Anoche estaba cansadísimo y entre el apartamento de mi hermana y mi casa hay una gran distancia.

– Después de coger al ladrón, ¿subió usted a la segunda planta del museo?

– Yo fui el último en subir, cuando llegó la policía; pero antes dos vigilantes subieron arriba y uno recorrió el primer piso. Encontraron una caja de metal azul y una linterna, nada más.

– ¿Y el cuadro? ¿No vieron el lienzo?

– No, yo pensé que lo tenía uno de los vigilantes, o que lo tenía el director. Él subió antes que yo. Todos estábamos nerviosos, pero nadie preguntó por el lienzo.

– Usted todavía parece nervioso.

– Oiga, inspector, yo no he robado el cuadro. No me acuse –gritó Andrés.

– Tranquilo, señor Fuentes. Yo no le acuso, le hago preguntas.

El inspector Calvo esperó un rato antes de volver a preguntar; Andrés habló primero.

– ¿Había más de un ladrón?

– No lo sabemos. Quizá había alguna persona fuera del edificio, en la calle, al otro lado de la ventana abierta, por ejemplo. La pintura era grande y el lienzo pesaba. No estamos seguros. Era muy tarde y no había nadie en la plaza. No tenemos testigos.

El comedor estaba vacío. Los camareros limpiaban las mesas sin prisa.

– Señor Calvo, es tarde. Los camareros van a empezar a arreglar todo esto. Vamos a otro sitio a tomar algo. Me parece que aquí molestamos. Le invito a otro

café en el bar de enfrente. Lo hacen muy bueno allí.

El inspector Calvo se levantó y se dirigió a la barra. Sacó un billete de cinco euros de la cartera y se lo dio a Paco.

– Cobre la comida del señor Fuentes y mi café, por favor.

– No, no, deje, yo le invito –dijo Andrés sacando su billetero.

– Por favor, la policía roba su tiempo y la policía paga su tiempo. ¿De acuerdo?

– Vale –Andrés miró a Paco y le hizo una señal con los ojos–. Paco, hoy no voy a jugar a las cartas. Díselo al grupo.

– Bien, ya se lo diré. No te preocupes, Andrés. Buenas tardes, señores –dijo Paco dirigiéndose a su amigo y al inspector.

Salieron a la calle. Andrés miró a un lado y a otro antes de cruzar. Era una calle tranquila; no pasaban muchos coches. Cruzaron y entraron en un bar más pequeño que el anterior. Se sentaron en una mesa y pidieron dos cafés con hielo. El inspector empezó a hablar otra vez.

– Esta mañana hemos estudiado su currículum. Es usted un buen restaurador de pinturas. ¿Por qué trabaja en un museo tan pequeño y tan desconocido? Puede encontrar un trabajo mejor en una ciudad más grande, en un museo más importante.

– Me gusta la tranquilidad y aquí estoy tranquilo. Además, mi familia vive en esta ciudad, y me gusta estar cerca de ella.

**no:** se utiliza para pedir la confirmación de lo que se está diciendo.

– Quizá no lo quieren en museos importantes, ¿**no**?

– ¿Por qué dice eso?

– Hace ocho años robaron un cuadro en el museo donde usted trabajaba, y usted ayudó a robarlo. ¿No es así?

– Sí, es así. Necesitaba dinero. Yo trabajaba de noche en aquel museo. Los ladrones entraron por la puerta principal; yo abrí esa puerta. Me pagaron bien y el trabajo fue fácil. Yo sólo quería el dinero. Lo necesitaba. No me importaba el lienzo. No quiero cuadros.

– ¿Y ahora también necesita dinero?

– No, ahora vivo bien. Tengo un buen salario, mi trabajo me gusta y vivo tranquilo –respondió Andrés enfadado.

– Sus amigos salieron de la cárcel hace seis meses. ¿Lo sabía?

– No, no lo sabía. Y no son mis amigos.

– ¿También quieren un cuadro ahora?

Andrés se levantó **de golpe** de la silla. Tenía la cara roja y le temblaban los dedos de las manos.

– No le entiendo, señor Calvo. Ya se lo he dicho: ahora vivo tranquilo. Ayudé a robar una vez, hace mucho tiempo, y no me gustó, no voy a ir allí otra vez. ¿Me entiende? Déjeme en paz.

Andrés miró al inspector por última vez. Se dio la vuelta y se alejó del bar caminando despacio.



**de golpe:** bruscamente.



*Andrés se levantó de golpe de la silla. Tenía la cara roja y le temblaban los dedos de las manos.*